

qué maravilloso instinto saben desplegar para alcanzar su presa, sea en estío en las aguas libres, sea en invierno debajo del hielo agujereado por una especie de estrecha chimenea por el cálido aliento del animal.

Los instrumentos y las armas del Esquimal, destinados a herir el ser que huye bajo las aguas, son obras maestras de destreza. Los artistas esquimales rivalizan en celo para dibujar, tallar y, sobre todo, grabar y esculpir (Payne). Hasta se dice, que el ingenio de los Esquimales del Alaska se ha revelado por el descubrimiento de la hélice; en mecánica habrían ido más allá que los griegos como inventores. A las puntas de sus flechas, aplicaban la corta hélice uniformemente encorvada hacia la izquierda<sup>1</sup>.

Sin embargo, a pesar de la maravillosa sagacidad del cazador, suele faltar la caza; el hambre, el hambre terrible, domina a veces, y esa calamidad, inminente siempre, explica rasgos de costumbres que no comprenden las poblaciones sedentarias que cuentan con sus cosechas anuales. Así los lazos de familia se atan y desatan forzosamente según las necesidades de la pesca y de la caza.

Si una mujer del campamento Point-Barrow, resulta débil para llevar carga en una expedición, queda por eso mismo divorciada y permanece en la colonia con los ancianos y los niños; el marido se hace acompañar por una mujer más fuerte, capaz de sufrir todas las fatigas y de exponerse a todos los peligros del viaje.

Otras veces, la salud común obliga a los pescadores a dejar tras de sí un compañero enfermo o herido, lo mismo que, durante las tempestades los marineros europeos abandonan, desesperados, el compañero que cae al mar. Como en todos los países del mundo, en el Gran Norte han ocurrido escenas de antropofagia durante los períodos de hambre absoluta; pero en muchas comunidades inuits se han regulado previamente los sacrificios por el interés común. Con frecuencia los padres se dejan morir de hambre para que los hijos coman; hay madres que, en bien de la gran familia, entregan sus criaturas de pecho.

Hace algunos años que el descubrimiento de unos yacimientos de oro en el Klondyke, en las márgenes del Yukon y en el

<sup>1</sup> Ed. Krause, *Globus*, vol. LXXIX, n.º 1, 3 enero 1901.



CAMPO DE HIELO



LA CAZA DE LOS MARES POLARES: FOCAS RECREÁNDOSE

cabo Nome, ha cambiado toda la economía política de las poblaciones inuits, encargada de suministrar en lo sucesivo a los mineros blancos, pescados, aceite y grasa. Los Tchuktchis del litoral, especialmente, se han enriquecido<sup>1</sup> y pueden mantener bien a sus padres, pero antes, los ancianos, incapaces de seguir a los hombres fuertes en sus cazas y amenazados de perecer de inanición en los campamentos aislados, pedían su fin, y llegado aquel caso, los hijos y los amigos más queridos se veían obligados, por la costumbre a la vez que por su afecto, a cumplir este deber homicida; a ellos correspondía dar al padre o al compañero el narcótico anestésico, cortarle después la carótida y extenderle después sobre su lecho de musgo. En Point-Barrow se continúa la terrible ceremonia, entregando a los perros la carne del anciano, los cuales, a la vez, son devorados por la comunidad, para que el alma del ser que ha dejado de existir se libere de los malos espíritus y sea útil a los vivos. Después de estos ritos lúgubres, se ayuna mucho tiempo, todos observan silencio, y, cuando empiezan de nuevo las conversaciones, se evita toda combinación de sílabas que pueda recordar el nombre del muerto.

A pesar de esos dramas que hace inevitable la amenaza del hambre, no hay poblaciones donde la necesidad absoluta de la ayuda mutua sea más solidaria que entre los esquimales. Muy

<sup>1</sup> Eberli, *Petermann's Mitteilungen*, XI, 1903, pág. 258.



sar de la vecindad del Atlántico, y los habitantes se ven obligados a emigrar temporalmente hacia la Amazonia. En el espacio de unos doce millones de kilómetros cuadrados que comprende la zona desierta del Mundo Antiguo con los oasis intermediarios, la población alcanza solamente un millón de individuos, ciento veinte veces menos que el término medio de los continentes.

Los Innuits, que hemos tomado como tipo de las poblaciones sometidas a la acción del clima más áspero, no son ciertamente unos «primitivos» desde el punto de vista de la raza, porque durante el infinito de los siglos de crecimiento, los medios han cambiado continuamente; pero en comparación de las agrupaciones diversas de la zona tropical, esos habitantes del «Gran Norte» pueden ser considerados como aborígenes, «salidos del suelo», por decirlo así. Al contrario, los grupos étnicos más aislados de las regiones tórridas, los Touaregs del Sahara, por ejemplo, o los Nubios, los Bedjas, los Danakiles, o los Somalis, costeros del litoral ardiente del Mar Rojo o del Océano Indico, son poblaciones ya muy mezcladas, que, desde luengos siglos, pertenecen al mundo histórico.

Por sus abuelos estuvieron en relaciones frecuentes con la India, Egipto y Fenicia y formaron parte del dominio de la civilización himiarita; Meroé, sobre el Alto Nilo, fué una de sus capitales y un centro de gran cultura; desde hace lo menos treinta y seis centenas de años, conocen el bronce y el hierro, puesto que en un templo de Tebas existen pinturas murales que representan Puntis o Somalis que llevan armas semejantes a las usadas actualmente por sus descendientes. Después del nacimiento de las religiones modernas, los Bedjas se convirtieron al cristianismo y después al mahometismo; los Danakiles y los Somalis se han cruzado con los Arabes y con fiadamente se dan el título de compatriotas del profeta, lo mismo que el de fieles de su dios; algunos hasta pretenden pertenecer a la misma familia de Mahoma. Sin embargo, esos pueblos que han sido modificados de modo tan diverso, pueden, lo mismo que los Esquimales, presentarse como ejemplos típicos de la acción del clima.

Obsérvase, en primer lugar, cuánta semejanza física ofrecen

entre sí, en la estructura y en el movimiento, esas gentes del litoral tórrido, ya sean de raza árabe, galla o nigricia. Muy diferentes de los hiperbóreos, pequeños y gruesos, de rostro mo-fletudo, de vientre abultado y de movimiento de balanceo, los hijos del Sol son flacos y nerviosos, ágiles, diligentes, de admirable velocidad en la carrera; tienen los rasgos firmes y precisos; el ojo vivo se destaca atrevidamente del párpado, y la cabellera, única protección del cráneo contra los rayos de fuego, cae como crin sobre los hombros. Por vestido, Danakiles y Somalis no usan más que unas blusas, mantos o taparrabos; las cabañas en que se recogen por la noche están formadas por esterillas de mimbres entretrejidós, sin necesidad, como los Esquimales de conservar una llama. El alimento de esos Afer o «Errantes» es de lo más sencillo, porque la temperatura no les obliga a activar la combustión interior: un poco de mijo, leche, manteca, la carne de carnero, la de pescado si viven a la orilla del mar; con eso basta. El Bedja y el Dankali son la sobriedad personificada, saben ayunar como el Innuít, pero sus comidas serían un ayuno para el comedor de focas. Volney, pesando el alimento del sirio, hizo constar que no excede de seis onzas—170 gramos—diarias, y el del bedja no es ciertamente más abundante.

Los Beduinos, — nombre que se da a todos los nómadas musulmanes,—tienen cantos en alabanza de su sobriedad, como los europeos modernos los tienen para glorificar la vida y la buena comida: «Si el hambre me



TIPO DE SOMALI

aprieta, dice un héroe árabe, no la escucho, la engaño, la olvido, la paseo, la mato»<sup>1</sup>.

También en el Nuevo Mundo, el Papago de la Sonora permanece fácilmente sin beber dos o tres días bajo un sol implacable. Y, no obstante, a pesar de las tablas sabias de los médicos que dosifican la cantidad de ázoe, de carbono y de agua que se supone indispensable a todo organismo humano, Beduinos y Papagos tienen una fuerza y una destreza admirables. Los Papagos son corredores prodigiosos: jugando al kachanekon, es decir, a la «pelota de pie», corren de 50 a 65 kilómetros en una tarde<sup>2</sup>.

El aspecto árido y monótono de esas comarcas de sequedad y calor, repercute en el carácter intelectual y moral de sus habitantes: la vida evoluciona allí lentamente, y las costumbres se transmiten casi idénticas de siglo en siglo.

Pero el sol caldea la sangre, y las venganzas contra el enemigo rayan en la ferocidad: ejemplos de ello nos ofrece la Historia, en las primeras invasiones mahometanas, y en la súbita rebelión de los madhistas contra los invasores ingleses.

El contraste absoluto de esas regiones secas por la atmósfera, áridas por el suelo, nos le suministran las comarcas en que la humedad del aire y la abundancia de las lluvias hacen casi imposible la estancia del hombre. A este respecto, la costa occidental del Nuevo Mundo presenta notables contrastes.

Mientras que en ciertas partes del litoral, así como la península mejicana de la California, es decir, el «Chaud Four», y las playas del Perú meridional, apenas tienen más habitantes que mineros, pescadores de perlas y rudos comerciantes en metal y en sales químicas, las dos regiones lluviosas del norte y del sur, por un lado el litoral del Alaska, y por otro el archipiélago de los Chonos, han permanecido igualmente desiertos, a pesar de la riqueza forestal de la comarca, la fertilidad natural del suelo y la excelencia de puertos resguardados. La ciudad de Juneau, que, aparte de los lugares auríferos, alternativamente invadidos y abandonados por los buscadores y los mineros, es, como aglomeración normal, la más considerable de los parajes del

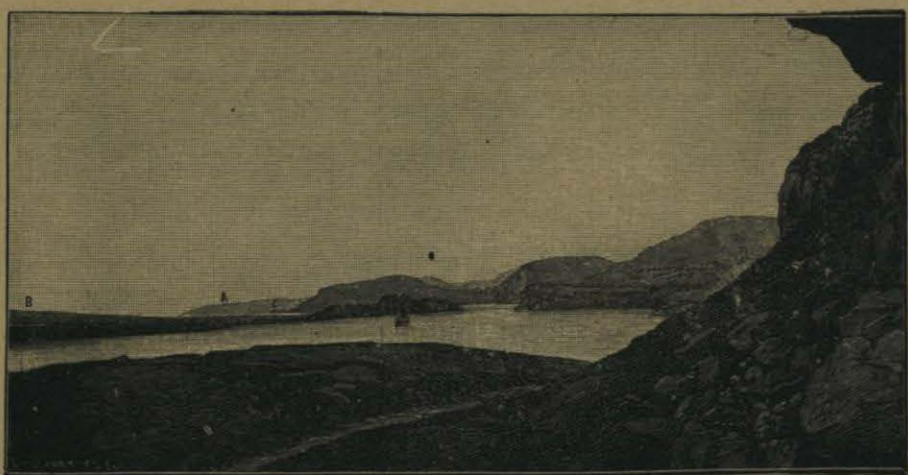
<sup>1</sup> *Schanfara*, poema traducido por F. Fresnel.

<sup>2</sup> Mac Gee, *The American Anthropologist*, octubre 1895.

norte, permanece, á pesar de todo, siendo un pequeño centro industrial y administrativo, aunque convertida en capital del Alaska (1903) y, á pesar de que la explotación de las minas, de los bosques y las pesquerías de salmones permiten enriquecerse allí rápidamente, consideración primaria á los ojos de los americanos y de otros muchos.

Saliendo de la villa de Sitka, edificada en otro tiempo para los funcionarios rusos y que actualmente sirve de factoría á algunos negociantes, toda excursión es tenida por imposible. El agua se acumula en charcos en las desigualdades del suelo; hasta en las pendientes más empinadas, las raíces entretrejidas de las coníferas retienen el agua de lluvia que hincha los musgos como enormes esponjas; caen las gotas de rama en rama; venas líquidas descienden por los huecos de los árboles; las ramas tronchadas, viscosas y medio podridas, cubren el suelo granítico convertido en fango corriente: que los aguaceros atraviesen el ramaje ó que el lodo suba de la tierra, ello es que se está siempre en un baño de agua ó de vapores. Desciendan las nubes ó suban las nieblas, entremezclándose incesantemente, el hombre se encuentra aprisionado en el fluido elemento que le empapa y le penetra. En tal medio, no es extraño que los residentes, harto escasos, lleven una vida monótona y falta de animación juvenil. La principal preocupación es buscar dónde refugiarse.

En muchas comarcas que bañan constantemente las aguas y las nieblas, no ha podido el hombre fijar su residencia á pesar de las ventajas que podría reportarle: este es el caso, entre otras tierras del Océano Indico, de la gran isla de Kerguelen, que antes se creyó ser la punta avanzada de un continente austral; es de una superficie evaluada en cuatro ó cinco mil kilómetros cuadrados y ofrece superficies cubiertas de verdura que podrían fácilmente cultivarse; los rebaños, según las experiencias practicadas por el navegante James Ross, se desarrollarían allí tan bien como en las Falkland de los mares americanos, situadas bajo una latitud más próxima al polo. La posición geográfica de Kerguelen, — bajo el grado 49, — correspondiente á la de París, en el hemisferio septentrional, no es para espantar á los viajeros, y la temperatura media de la isla, de unos 4 grados centígrados, es la de Cristianía y de Moscou, ciudades cuyo clima es muy favorable á un vigoroso desarrollo del hombre. Además, Kerguelen,



ISLAS KERGUELEN

Panorama de Port-Gazelle, cerca de la cascada de la Pointe-Duck.

A, montaña, península, observatorio. — B, depósito de víveres.  
C, cabo Ashfeld, entrada de Port-Gazelle.

que posee excelentes puertos, perfectamente resguardados contra el formidable viento noroeste, se encuentra exactamente á la mitad del camino en la línea de navegación entre el Cabo y el Melbourne: compréndese fácilmente que el gobierno francés haya tenido empeño en asegurarse la posesión de una tierra que, si se utilizase, podría tener grandísima importancia en la economía general del planeta; pero los marinos, los balleneros y los escasos naturalistas que han visitado Kerguelen para pasar allí algunos meses, entre la lluvia y las tempestades, no han referido su estancia de modo que animara á las tentativas de colonización, al menos en las costas occidentales, expuestas á tempestad eterna, rodeadas de una niebla intensa; ni los albatros encuentran donde anidar entre las rocas. Los hombres viven allí muy á su pesar y siempre con el deseo de abandonar cuanto antes aquella «Tierra de Desolación», así denominada por Cook en su viaje de 1776. Para acomodarse al clima, los insectos de la isla, especialmente las moscas, y la única mariposa indígena, han perdido las alas, porque sólo les servían de estorbo, ya que se verían arrastrados por el viento sin tener tiempo de abrirlas<sup>1</sup>.

Por razones análogas, muchos valles tropicales admirablemente fértiles ó muy ricos en metales, permanecen abandonados por el hombre, que se niega a vivir bajo lluvias continuas. Por esa causa han sido

<sup>1</sup> Studer, *Ausflug auf der Insel Kerguelen*, Berner Taschenbuch, 1881.

abandonadas las abundantísimas minas de oro de Caravaya, sobre la vertiente oriental de los Andes peruanos, durante todo el curso del siglo XIX, por los buscadores españoles, á pesar de su afán para la rebusca de las pepitas. Del mismo modo las pendientes andinas del Ecuador, que se inclinan al Este hacia el surco profundo que recorre el Amazonas, permanecen casi sin habitantes, no obstante el valor de sus yacimientos y la variedad de sus preciosos vegetales.

Muchas veces se han atrevido los aventureros á llegar á las torren-teras orientales de la Sierra Nevada magdaleniana, entre Río Hacha y Santa Marta, con la esperanza de recoger allí una gran cosecha de oro; pero las lluvias, que no faltan cada día, forman baches que son un medio favorable al desarrollo de los mosquitos y otros insectos; chupadores de sangre y portadores de microbios, acaban siempre por desanimar á los mineros. Por lo demás, es indudable que los obreros de mañana, con mejores instrumentos que los de ayer, más avisados científicamente y más hábiles para combatir las calamidades, se establecerán triunfalmente sobre los mismos lugares de donde sus antecesores huyeron.

En muchas comarcas donde la humedad del aire no es suficiente para impedir la residencia del hombre, la humedad del suelo pone en entredicho el país. Por eso en Irlanda los *quaking bogs* ó «turberas temblorosas» y, en muchas regiones del Nuevo Mundo los *tremendales* y *tembladeras* son evitados cuidadosamente por los viajeros y no pueden dedicarse al cultivo sino después de mucho tiempo de haber dejado secar el suelo.

Recientemente aún, el interior de la gran isla de Terranova era país desconocido, á pesar de sucederse en el litoral muchas ciudades y villas á la orilla de las bahías pescadoras ó de las ensenadas resguardadas. Se hablaba de aventureros audaces que se habían atrevido á hacer viajes de exploración de una ribera á la otra, á través de las rocas, lagos, charcas, pantanos y los espacios cuajados de coníferas enanas, de tal modo entremezcladas que era imposible andar sobre el suelo; no había más remedio que andar sobre el mismo bosque, que forman una red compacta de ramas desiguales en las que el viajero puede guardar penosamente el equilibrio. Para hacer accesible la comarca, ha sido preciso abrir, á costa de grandes gastos, carreteras y ferrocarriles en los que, durante las tormentas invernales,